

## La bandera y la muerte

LUIS MARTÍNEZ

Cerró la puerta del baño sigilosamente. Se quitó las ropas con lentitud como quien se somete a un ritual sagrado. Abrió las llaves del agua. Y sé quedó de pie, contemplando la linfa, con la pupila extraviada. Más que mirar el agua parecía que se miraba por dentro, a sí misma. La bañera se fue llenando lentamente. Mariana —con los labios apretados y los ojos fijos— se inmersó en ella. Se puso de rodillas. Tomó una filosa cuchilla de afeitar y se cortó suavemente las venas de los antebrazos.

La residencia de señoritas —donde vivía desde que había iniciado sus estudios universitarios— era un pesado charco de silencio. No había nadie. Nada más que las monjas encargadas de la limpieza y de la dirección de la casa. El reloj dio las cuatro...

El agua se fue tiñendo lentamente. Mariana perdía fuerzas. Pero no estaba arrepentida. Su protesta era ésa. Quería rebelarse contra su pequeño mundo, contra la sociedad. Se sentía como una pobre cosa: incomprendida por los suyos, desdeñada por el muchacho a quien amaba, sin alicientes. La vida se le había cerrado como un cerco estrecho de ceniza.

El vapor del agua caliente subía en pequeños espirales. La joven vio a Mariana Bracetti<sup>1</sup> —la heroína puertorriqueña— venir

1. Heroína puertorriqueña que bordó la bandera de «El Grito de Lares».

con los brazos abiertos. Le parecía que bajaba del techo envuelta con una nube de algodón. Traía entre sus manos trémulas una bandera pequeña...

—¿Es la tuya? —susurró con asombro.

—¡La mía! La que bordé con mis manos y ungué con mi aliento para la gran hora...

—Ya sé... Lares... El grito...

—Después, todo ha quedado igual...

—Pero tú no has muerto...

—Estoy muerta para la mayoría... Sólo vivo para unos pocos que me recuerdan con amor.

—Yo también bordo mi bandera... Pero con mi vida. Entre estas aguas está mi sangre... Es el símbolo de mi lucha contra el mundo... El testimonio de mi rebeldía... Pero mi esfuerzo será inútil...

—La sangre no se derrama nunca en vano... ¡Todos los sacrificios dejan una simiente! ¡Ya lo verás!

Mariana Bracetti se fue diluyendo en el humo que llenaba la estancia. Mariana ya casi no la veía. La mirada se le borraba. La habitación se le desdibujaba. Pero, de pronto, el rostro de un hombre dulce, de barbas sedosas y melena de oro, se le hizo palpable. Se le antojó que lo tocaba sin mover las manos...

—¿Por qué vienes, Señor?

—Porque he estado contigo en todo momento y quiero acompañarte en esta hora...

—Yo soy una suicida...

—Lo sé...

—Pero una suicida por amor a los hombres y al mundo. Este es un acto de protesta. Me rebelo contra la injusticia y la maldad... Y soy tan débil e indefensa que no tengo otra manera de expresar mi descontento...

—La vida es sagrada. No puedes disponer de ella tú misma, con tus propias manos... Se la debes a Dios... Y es Él quien tiene que llamarte...

—Estoy horrorizada. La incompreensión humana me ahoga. La calumnia, el rencor, las rencillas, se pasean, como perros furiosos, por todas partes... La soledad me espanta... ¡Yo no quiero vivir

movimiento revolucionario que estalló en Puerto Rico el 23 de septiembre de 1868.

en un mundo como éste! Necesito liberarme de alguna manera romper estas cadenas...

El hombre bajó los ojos, dolorido. Mariana se quedó como en un sueño dulce con los párpados blandamente cerrados como si las palabras se le hubieran cuajado entre los labios...

Al cabo de dos horas entró una monjita extrañada. La habitación olía a mirra. Nadie sabía dónde estaba la joven de las trenzas de ébano y las pupilas de azabache. La encontraron dormida sobre un madero con los brazos clavados en cruz.